

libre y palpó de nuevo con alegría las dos monedas de oro que tenía en el bolsillo del chaleco. Después se levantó y, recorriendo con la vista la multitud de paseantes, divisó á las dos mujeres, la morena y la rubia, que, siempre con su aire altanero de mendigas, viajaban á través de aquella baraúnda de hombres.

Se fué derecho á ella, y ya cuando estaba cerca se detuvo.

La morena le dirigió la palabra :

— ¿Y qué? ¿Has recobrado tu lengua?

— ¡Por vida de!... balbuceó, sin conseguir pronunciar otra palabra más.

— ¡Vaya! ¿Vienes á mi casa? dijo ella de pronto.

Duroy estremecido de deseo respondió brutalmente :

— Sí, pero sólo tengo un luis en el bolsillo.

— Eso no importa, contestó ella sonriendo con indiferencia.

Y tomó el brazo de Duroy como en señal de posesión.

Cuando salían pensaba Duroy en que con los otros veinte francos le sería fácil alquilar los efectos que necesitaba para la *soirée* del día siguiente.



11

— ¿El señor Forestier? ¿me hace V. el favor? preguntó Duroy en la portería de la casa de su amigo.

— Tercero izquierda.

El portero había respondido esto con un tono amable en el que se veía la consideración que le merecía el inquilino.

Jorge Duroy subió la escalera un tanto tímidamente, con cierto embarazo. Era la primera vez de su vida que llevaba frac y el conjunto de su traje le preocupaba,

considerándolo defectuoso en todo. Las botas aunque bastante finas, porque él tenía la coquetería del pie, no eran de charol, la camisa era de cuatro francos cincuenta, comprada aquella misma mañana en el Louvre, y la pechera, que era demasiado delgada, iba ya arrugándose. Como las camisas con que contaba para todos los días tenían averías más ó menos graves, no había podido utilizar ninguna de ellas.

El pantalón resultaba ancho en exceso, dibujaba mal la pierna y parecía enrollarse al rededor de la pantorrilla; tenía ese aspecto ajado de los vestidos de ocasión sobre los miembros á que por casualidad tienen que adaptarse. Únicamente el frac no le iba mal, pues se había podido encontrar uno casi justo para él.

Lentamente iba ganando los escalones, con el corazón agitado y el espíritu ansioso, inquieto sobre todo por el temor de aparecer ridículo. De repente se encontró enfrente de él á un caballero, en traje también de frac, que le miraba, y tan cerca se hallaban el uno del otro que Duroy hizo un movimiento hacia atrás, quedándose después estupefacto. Era él mismo reflejado por un alto espejo que formaba sobre la meseta de la escalera una larga perspectiva de galería. Una sensación de júbilo le hizo estremecer, pues se encontró mucho mejor de lo que él había creído.

Como solamente disponía en su casa de un pequeño espejo para afeitarse, no había podido contemplarse enteramente, y como se veía bastante incompletamente los diferentes detalles de su improvisada *toilette*, las imperfecciones resultaban exageradas y la idea de aparecer grotesco le volvía loco.

Mas he aquí que al verse bruscamente en el inmenso espejo ni siquiera se había reconocido, tomándose á sí

mismo por otro, por un hombre del mundo elegante y á quien había encontrado muy bien, muy *chic*, al primer golpe de vista, y ahora mirándose con cuidado reconocía que, efectivamente, el conjunto era satisfactorio.

Del mismo modo que los actores hacen para aprenderse su papel, Duroy estudió la sonrisa, alargó la mano como para saludar, adoptó actitudes, expresó sentimientos: la extrañeza, el placer, la aprobación. Buscó los grados diversos de la sonrisa y las intenciones de la mirada para mostrarse galante con las mujeres y hacerlas comprender que se las admira y que se las desea.



En aquel momento se abrió una puerta en la escalera. Duroy tuvo miedo de que se le sorprendiese y comenzó á subir de prisa, con el temor de haber sido visto gesticulando de aquella suerte por alguno de los invitados de su amigo.

Al llegar al segundo piso se encontró con otro gran espejo y retardó entonces la marcha para mirarse de paso. Su continente le pareció verdaderamente elegante.

Su modo de andar era correcto, y una confianza inmoderada en sí mismo se apoderó de su alma. Sin duda que con aquella figura, su deseo de encumbrarse y la firme resolución que él se conocía, juntamente con un espíritu de independencia, llegaría adonde se había propuesto. Ahora sentía deseo de correr, de saltar los escalones mientras iba ya dominando el piso tercero, pero al hallarse delante de un tercer espejo todavía se detuvo, se rizó las guías del bigote con un movimiento que le era familiar, se quitó el sombrero para arreglarse el cabello y murmuró á media voz como lo tenía por costumbre: « He aquí una invención excelente. »

Después llevando la mano al timbre le hizo sonar.

La puerta se abrió casi inmediatamente y Duroy se encontró en presencia de un doméstico en traje de frac y recién afeitado, de continente grave y tan correcto en el vestir que Duroy se sintió turbado de nuevo sin darse cuenta del origen de aquella emoción vaga, producida acaso por la comparación inconsciente del corte de los dos vestidos, el del criado y el suyo.

Aquel lacayo con zapatos de charol preguntó á Duroy mientras le tomaba el sobretodo que llevaba al brazo por miedo de mostrar las manchas:

— ¿Á quién debo anunciar?

Y lanzó el nombre, por detrás de un cortinón levantado, en un salón al que el visitante debía pasar.

Pero Duroy, perdiendo de repente su aplomo, se sintió parálitico de terror y jadeante. Iba á dar su primer paso en aquella existencia esperada, soñada ciertamente. Sin embargo, se adelantó. Una señora joven y rubia le esperaba de pie, completamente sola en una gran pieza bien alumbrada y llena de arbustos como un invernadero.

Duroy se detuvo, completamente desconcertado.

¿Quién era aquella señora que le sonreía? Se acordó luego de que Forestier era casado, y el pensamiento de que aquella hermosa y elegante rubia debía ser la mujer de su amigo, le acabó de azorar.

— Señora, yo soy..., comenzó á tartamudear.

Ella le tendió la mano.

— Ya lo sé, caballero. Me ha contado Carlos el encuentro de Vds. ayer noche y me felicito de que haya tenido la buena inspiración de rogar á V. nos acompañe á comer hoy.

Duroy se puso encarnado hasta las orejas no sabiendo qué contestar; se sentía examinado, inspeccionado de pies á cabeza, pesada su capacidad, juzgada su persona.

Tenía deseo de excusarse, de inventar una razón cualquiera para explicar el descuido de su traje, pero no encontró nada y no se permitió tocar asunto tan espinoso.

Se limitó á sentarse en la butaca que le designaba la señora de la casa, y cuando sintió plegarse bajo su peso el terciopelo elástico y suave del asiento, cuando se vió hundido, apoyado, abrazado por aquel mueble cariñoso, cuyo respaldo y cuyos brazos afelpados le sostenían delicadamente, le pareció que entraba en una vida nueva y llena de encantos, que se posesionaba de algo delicioso, que se convertía en alguier., que estaba salvado, y miró entonces á M^{me} Forestier cuyos ojos no le habían abandonado un solo instante.

Hallábase vestida con un traje de cachemir azul pálido que moldeaba perfectamente su talle esbelto y su seno robusto. La carne de los brazos y de la garganta salía de un musgo de encaje blanco de que estaban guarnecidos el corpiño y las cortas mangas, y los cabe-

llos levantados hacia la parte superior de la cabeza y un poco rizados sobre la nuca, producían el efecto de una ligera nube de vello rubio por encima del cuello.

Duroy cobraba alientos bajo la mirada de aquella señora que, sin saber por qué, le recordaba la mirada de la morena encontrada la noche antes en Folies-Bergère. La señora de Forestier tenía los ojos grises, de un gris azulado que hacía la expresión extraña, su nariz era delgada, fuertes los labios, la barbilla algo carnosa, una figura, en fin, irregular y seductora llena de bondad y de malicia. Era uno de esos semblantes de mujer en los que cada línea revela una gracia particular, parece tener una significación, uno de esos seres en los que cada movimiento parece decir ó disimular alguna cosa.

Después de un corto silencio le preguntó :

— ¿Hace mucho tiempo que está V. en París?

Duroy respondió tomando poco á poco dominio de sí :

— Sólo hace unos cuantos meses, señora. Tengo un destino en los caminos de hierro, pero Forestier me ha hecho confiar en que con su ayuda puedo ingresar en el periodismo.

Ella dejó entonces percibir una sonrisa más visible, de más benevolencia, y bajando la voz murmuró :

— Lo sé.

El timbre había sonado de nuevo y el criado anunció :

— La señora de Marelle.

Era una morena bajita, que entró con modales desenvueltos y como dibujada ó mejor moldeada de pies á cabeza en un traje oscuro y sencillo.

Prendida de su negra cabellera llorosa una evaba encarnada que fijaba la atención de un modo violento

pareciendo como si marcara su fisonomía y acentuara su carácter especial, señalando la nota viva y brusca que la convenía.

Detrás de ella iba una niña en traje corto.

La señora Forestier salió á su encuentro :

— Buenas noches, Clotilde.

— Buenas noches, Magdalena.

La niña presentó la frente con el mismo aplomo de una persona mayor y dijo también :

— Buenas noches, madrina.

M^{me} Forestier la besó é hizo después las presentaciones consiguientes :

— Mr. Jorge Duroy, un buen camarada de Carlos.

— La Señora de Marelle, mi amiga y pariente.

Y después agregó :

— ¿Usted sabe? Aquí estamos sin ceremonia, sin cumplidos ni etiquetas. ¿Estamos de acuerdo, no es así?

El joven inclinó la cabeza.



La puerta se abrió de nuevo para dar paso á un señor bajito y grueso hasta parecer redondo, que daba el brazo á una señora alta y hermosa, mucho más alta y joven que él, de maneras distinguidas y grave presencia. Eran el Sr. Walter, diputado, bolsista, hombre de dinero y de negocios, judío y meridional, director de *La Vida Francesa*. La señora era su esposa, hija del banquero Basilio-Ravalau.



Después llegaron sucesivamente Jacobo Rival, muy elegante, y Norberto de Varenne con el cuello del frac reluciente, embetunado por el roce de su larga cabellera que le caía hasta los hombros, sembrando por encima algunos granos de polvillo blanco que se parecía mucho á caspa desprendida de la cabeza.

En cuanto á su corbata bastaba juzgar por su aspecto para comprender que no era la primera vez que salía á la calle. Varenne se adelantó con gracioso ademán de viejo hermoso y tomando la mano de Mme Forestier, imprimió un beso sobre la muñeca, y en el movimiento que hizo al bajarse, su larga cabellera se esparció como agua sobre el desnudo brazo de la joven dama.

Forestier entró á su vez excusándose de llegar con retraso, pues á causa del asunto Morel, el periódico le había retenido. Mr. Morel, diputado radical, acababa de dirigir una pregunta al ministerio á propósito de una demanda de crédito relativa á la colonización de la Argelia.

El criado anunció :

— Señora, la mesa está dispuesta.
Todos pasaron al comedor.

Duroy había sido colocado entre Mme de Marelle y su niña. De nuevo empezó á sentirse turbado teniendo miedo de cometer alguna torpeza en el manejo convencional del tenedor, de la cuchara ó de los vasos, que por cierto eran cuatro y uno de ellos ligeramente teñido de azul. ¿ Á qué líquido estaría destinado este último?

No se habló una sola palabra mientras se comía la sopa. Después preguntó Norberto de Varenne :

— ¿ Han leído Vds. ese proceso Gauthier? ¡ Qué cosa más original!

Y se discutió sobre aquel caso de adulterio complicado de estafa. No se hablaba allí como ordinariamente se habla, en el seno de las familias, de los sucesos relatados en los periódicos, sino como pueden hablar los médicos de una enfermedad cualquiera ó los hortelanos de las hortalizas. Nadie se indignaba, ni los hechos producían la menor extrañeza; se buscaban las causas profundas, secretas con una curiosidad profesional y una absoluta indiferencia respecto del crimen en sí mismo. Cuidábase de explicar abiertamente los orígenes de las acciones, de determinar todos los fenómenos cerebrales en que había nacido el drama, resultado científico de un estado de espíritu particular.

Las señoras, por su parte, se apasionaban igualmente en aquella investigación, en aquel trabajo y también fueron examinados, discutidos, comentados bajo todos sus aspectos, pesados en su valor ó importancia otros sucesos recientes con ese ojo práctico y esa manera especial de ver de los traficantes de la

noticia, de los proveedores de comedia humana á la línea, de la propia suerte que se examinan, se tornan y se pesan por los comerciantes los objetos que han de ponerse á la venta.

Se habló después de un duelo, y Jacobo Rival tomó la palabra. Ese asunto le pertenecía de derecho, ningún otro podría tratarle como él.



Duroy no se permitía siquiera una sola palabra, y alguna que otra vez miraba á su vecina cuya redonda garganta le seducía, llamándole la atención igualmente un diamante que prendido por un hilo de oro colgaba de la oreja, como una gota de agua que se deslizase sobre la carne.

De tiempo en tiempo la señora de Marelle hacía alguna observación que siempre despertaba una sonrisa en todos los labios, porque en realidad poseía un *esprit* original, inesperado y simpático, *esprit* de chiclela

experimentada que ve con despreocupación las cosas y las juzga con un escepticismo ligero y benévolo.

Inútilmente buscaba Duroy algún cumplido que hacerla y no encontrando nada, se ocupaba de la niña, llenándola los vasos, teniéndola los platos, sirviéndola con solicitud. Más severa que su madre, la niña daba las gracias con gravedad y hacia ligeros saludos con la cabeza :

— Es Vd. muy amable, caballero; y dicho esto, se ponía de nuevo á escuchar á las personas mayores con aire de persona reflexiva.

La comida era bastante buena y todos la celebraban. Mr. Walter comía como un ogro, no hablaba apenas y con mirada oblicua miraba bajo los lentes los platos que le eran presentados. Rivalizaba con él Norberto de Varenne, quien en ocasiones dejaba caer sobre la pechera de la camisa alguna que otra gota de salsa.

Sonriente y cuidadoso, Forestier estaba atento á todo y cambiaba con su señora miradas de inteligencia, á la manera de compadres que desempeñaran juntos una tarea difícil y marchase á maravilla.

Los semblantes iban ya colorándose y las voces de los comensales subían de tono, en tanto que el doméstico murmuraba á cada instante al oído de cada uno de ellos : « ¿ Cortón ? ¿ Chateau-Laroze ? »

Duroy había encontrado el Cortón muy de su gusto y se dejaba cada vez llenar el vaso. Una alegría deliciosa se apoderaba de él, una alegría cálida que le subía del vientre á la cabeza, recorría todos sus miembros y le penetraba enteramente. Se sentía invadido por un bienestar intenso de salud y de pensamiento, de cuerpo y de alma. Y le entraban ganas de hablar, de hacerse notar, de ser escuchado y apreciado como

aquellos hombres cuya menor frase era saboreada y celebrada.

Peró aquella charla que sin cesar iba saltando de uno á otro motivo, enlazándose unas con otras las ideas por una simple palabra, por cualquier cosa nimia, después de haber pasado revista á los sucesos del día y haber esbozado de paso mil cuestiones diversas, vino de nuevo á la gran interpelación de Mr. Morel acerca de la colonización de la Argelia.

Mr. Walter dijo, entre plato y plato, algunas bromas, pues tenía un *esprit* totalmente escéptico y craso. Forestier hizo referencia á su artículo del día siguiente; Jacobo Rival reclamó un gobierno militar, acordando concesiones de terrenos á todos los oficiales después de treinta años de servicio colonial.

— De esta manera, decía, crearéis una sociedad enérgica, que desde mucho tiempo habrá aprendido á conocer y amar el país, que sabrá su lengua y estará al corriente de todas estas graves cuestiones con que necesariamente tropieza el recién llegado.

— Sí..., interrumpió Norberto de Varenne, sabrán de todo, menos de agricultura. Hablarán el árabe pero ignorarán cómo se trasplanta la remolacha y cómo se siembra el trigo. Serán hasta diestros, si Vd. quiere, en esgrima, pero poco instruídos en materia de abonos. Por el contrario, lo que se necesitaría es abrir ampliamente este país nuevo á todo el mundo. Los hombres inteligentes se abrirán paso, los otros sucumbirán. Esto es una ley social.

Siguió á esta réplica un ligero silencio entre los comensales, que se limitaron á sonreír.

Jorge Duroy abrió la boca, y sorprendido del tono de su voz como si jamás la hubiese oído, habló de esta suerte:

Lo que más falta hace allí es la buena tierra. La propiedades verdaderamente fértiles cuestan tan cara como en Francia. Y las compran, como medio de colocar los capitales, parisienses muy ricos. Los verdaderos colonos, los pobres, aquellos que emigran por falta de pan, son arrojados al desierto en donde nada brota por falta de agua.

Todo el mundo le miraba y él se sentía enrojecer de emoción.

— ¿Vd. conoce la Argelia, caballero?

— Sí, señor, respondió Duroy. He pasado allí veintiocho meses y he residido en las tres provincias.

Norberto de Varenne le interrogó bruscamente, olvidando la cuestión Morel, respecto á un detalle de costumbres que le había sido comunicado por un oficial. Se trataba del Mzab, esa extraña y pequeña república árabe nacida en medio del Sahara en la parte más seca de aquella región abrasadora.

Duroy había visitado dos veces el Mzab y describió las costumbres de aquel país singular en donde las gotas de agua tienen el valor del oro y en donde todo habitante está obligado á desempeñar los servicios públicos, y la probidad comercial alcanza un nivel mayor que en los pueblos civilizados.

Habló con cierta locuaz verbosidad, excitado por los vinos y por el deseo de hacerse agradable; refirió anécdotas de regimiento, citó algunos rasgos de la vida árabe y relató aventuras de la guerra, hallando á veces colores y matices al describir aquellas amarillas y desnudas comarcas, assoladas interminablemente bajo la acción devorante del sol.

Todas las mujeres tenían fijos en él los ojos. M^{me} Walter murmuró con voz lenta que era en ella peculiar:

« Vd. haría con sus recuerdos una encantadora serie de artículos. » Walter, entonces, examinó al joven por encima de los lentes, según tenía por costumbre cuando quería ver bien los semblantes. Los platos los miraba por debajo.

Forestier aprovechó aquel momento :

— Mi querido jefe, he hablado á Vd. hace poco de Mr. Jorge Duroy, pidiéndole una plaza para él como auxiliar mío en el servicio de información política. Desde que Marambot nos dejó, no dispongo de nadie para tomar los informes urgentes y confidenciales, y el periódico sufre.

El viejo Walter adoptó una expresión seria y se colocó bien los lentes para mirar á Duroy de frente.

— Es cierto, dijo, que Mr. Duroy tiene un *esprit* particular. Si tiene la bondad de venir á verme mañana á las tres, arreglaremos eso.

Después de un silencio y volviéndose completamente hacia el joven, añadió :

— Pero, por de pronto, háganos Vd. en seguida una pequeña serie fantástica de artículos sobre la Argelia, refiriendo sus recuerdos personales y barajando con ellos la cuestión de colonización como hace un momento. Esto es de actualidad y estoy seguro que ha de agradar mucho á nuestros lectores. Pero no se descuide Vd. Necesito el primer artículo para mañana ó pasado, mientras el asunto se discute en la Cámara á fin de atraer la atención del público.

M^{me} Walter agregó con la gracia seria que ponía en todo y que comunicaba á sus palabras un aire de favor :

— Y hasta tiene Vd. para sus artículos un título precioso : *Recuerdos de un cazador de África*. ¿ No es verdad, señor Varenne ?

El viejo poeta llegado ya tarde á la fama, detestaba y temía á los principiantes.

— Perfectamente, con tal de que la serie se amolde á la nota, que es en lo que estriba la gran dificultad ; la nota justa, eso que en música se llama el tono.

M^{me} Forestier cubría con una mirada protectora y sonriente á Duroy, mirada de persona conocedora que parecía decir : « Tú llegarás. »

La señora de Marelle se había vuelto hacia Duroy varias veces y el diamante de su pendiente temblaba sin cesar como si la fina gota de agua fuese á desprenderse y á caer.

La niña permanecía inmóvil y grave con la cabeza inclinada sobre su plato.

Pero el doméstico daba la vuelta á la mesa vertiendo en los vasos azules vino de Johannisberg, y Forestier brindó saludando á Mr. Walter : « ¡ Por la prosperidad de *La Vida Francesa!* »

Todo el mundo se inclinó hacia el propietario, que sonreía, y Duroy embriagado de triunfo bebió el vaso de un trago. En aquel momento le parecía que habría vaciado del mismo modo una pipa entera, como se hubiera comido un buey ó extrangulado un león. Sentía un vigor sobrehumano en los miembros, y en el espíritu una resolución invencible y una esperanza infinita. Allí, en medio de aquellas gentes, se encontraba ahora como en su propia casa ; acababa de tomar posición, de conquistar su plaza. Su mirada se posaba sobre los semblantes con otra seguridad que antes, y por la primera vez se permitió dirigir la palabra á su vecina :

— Tiene Vd., señora, los más bonitos pendientes que yo he visto nunca.

M^{me} de Marelle se volvió hacia él sonriente

— Es una idea que me ha dado de colgar así diamantes, sólo sujetos por un hilo. Parecen verdaderamente gotas de rocío, ¿no es cierto?

Confuso de su audacia y temiendo decir alguna necesidad se limitó á decir en voz baja :

— Es una cosa encantadora... pero la oreja también hace valer la cosa.

La señora le agradeció la fineza con una de esas claras miradas de mujer que penetran hasta el corazón.

Y como en aquel momento volviere la cabeza, todavía se encontró con los ojos de M^{me} Forestier, benévolos siempre, pero creyó ver en ellos una alegría más viva, una malicia, un estímulo para que prosiguiera su campaña.

Todos los hombres hablaban ahora al mismo tiempo, con apasionamiento y con estrépito; discutíase el gran proyecto de camino de hierro metropolitano. El tema no quedó agotado sino al final de los postres, pues cada cual tenía un sinnfin de cosas que decir sobre la lentitud de las comunicaciones, los inconvenientes de los tranvías, lo fastidioso de los ómnibus y la grosería de los cocheros de punto.

Después se abandonó el comedor y la gente pasó al salón para tomar el café. Duroy ofreció, por broma, el brazo á la niña, que le dió gravemente las gracias y se empinó sobre la punta de los pies á fin de posar la mano sobre el codo de su vecino.

Al entrar en el salón, Jorge Duroy experimentó de nuevo la sensación de que penetraba en un invernadero. En los cuatro ángulos de la pieza, cuatro grandes palmeras abrían sus hojas elegantes, subían hasta el techo y se ensanchaban después en surtidores de agua.

De ambos lados de la chimenea, dos cauchús redon-

dos como columnas, ostentaban escalonadas una sobre otra sus largas hojas de un verde oscuro, y sobre el piano dos arbustos desconocidos, redondos y cubiertos de flores, el uno de color rosa y blanco el otro, presentaban todo el aspecto de plantas artificiales inverosímiles, demasiado hermosas para ser verdaderas.

El aire era fresco y penetrado de un vago y suave perfume que no se habría podido definir y del cual no se lograba dar con el nombre.

Más dueño de sí que cuando entró por primera vez, el joven examinó atentamente la estancia. No era grande, nada retenía la mirada, excepción hecha de los arbustos; ningún color vivo hería la vista, pero se sentía allí dentro algo de cómodo, de tranquilo, de reposado; aquello envolvía dulcemente, agradaba y sentíase en torno del cuerpo algo como una caricia.

Las paredes estaban tapizadas con una tela antigua de color violeta pasado, salpicada de florecillas de seda amarilla del tamaño de moscas

Sobre las puertas caían grandes cortinones de paño azul gris, paño de soldado, en los cuales había bordados algunos claveles de seda encarnada, y los asientos eran de todas formas y tamaños y desparramados al azar en el salón: chaises-longues y divanes, enormes ó minúsculas butacas, taburetes diversos, todas estas piezas cubiertas de seda Luis XVI ó de lindo terciopelo de Utrech, con fondo crema y dibujos granate.

— ¿Toma Vd. café, señor Duroy? le decía la señora Forestier, mientras que con aquella sonrisa amiga que no abandonaba nunca sus labios, le presentaba una taza llena.

— Sí, señora, muchas gracias.

Duroy tomó la taza en la mano y al inclinarse para

30517

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO HERRERA

625 MONTERREY, MEXICO

coger con las pinzas de plata un terrón de azúcar del azucarero que llevaba la niña, la señora de su amigo le dijo á media voz :



— Haga Vd. la corte á M^{me} Walter.
Y se alejó antes de que él pudiese responder una palabra.

Duroy bebió primeramente su café por miedo de dejarlo caer sobre la alfombra, y después, libre el espí-

ritu, buscó un medio de aproximarse á la señora de su nuevo director y entablar conversación.

De pronto se hizo cargo de que M^{me} Walter tenía en la mano la taza vacía sin saber dónde colocarla, pues se hallaba distante de una mesa, y esto le dió motivo para acercarse vivamente :

— Permitame usted, señora.

— Muchas gracias, caballero.

Así que hubo colocado la taza, volvió adonde ella estaba :

— ¡Si usted supiese, señora, qué agradables momentos me ha hecho pasar *La Vida Francesa* cuando me hallaba en el Desierto! Es verdaderamente el único periódico que fuera de Francia puede leerse, porque es más literario, más espiritual y menos monótono que todos los demás. En él se encuentra de todo.

La señora Walter sonrió con indiferencia amable y respondió gravemente :

— Mr. Walter no ha trabajado poco hasta crear este tipo de periódico que responde á una nueva necesidad del público.

Y la conversación se inició desde este momento.

Duroy tenía la palabra fácil y trivial, encanto en la voz, mucha gracia en la mirada y seducción irresistible en el bigote que se le sublevaba sobre el labio, crespo, rizado, bonito, de color rubio teñido ligeramente de rojo, y un matiz más pálido en los pelos erizados de las guías.

Hablaron de París, de los alrededores, de las orillas del Sena, de los balnearios, de los placeres del verano, de todas esas cosas corrientes sobre las que se puede discurrir indefinidamente sin fatigar el espíritu.

Después, como Duroy vió á Mr. Norberto de Varenne

acercarse con un vaso de licor en la mano, se alejó por discreción.

M^{me} de Marelle, que acababa de hablar con la señora de Forestier, le llamó :

— ¿Según parece, caballero, usted desea ensayar el periodismo?

Duroy habló entonces de sus proyectos en términos vagos, y luego comenzó con ella la misma conversación que acababa de tener con M^{me} Walter, pero como ya poseía mejor el tema, se mostró superior, repitiendo como suyas cosas que acababa de oír. Y miraba incesantemente en los ojos á su vecina como para dar á lo que decía un sentido profundo.

Á su vez ella le refirió algunas anécdotas con esa animación fácil de mujer que sabe que es espiritual y que quiere ser original siempre; y, usando de cierta familiaridad, posaba su mano sobre el brazo del joven, bajaba la voz para decir cosas insignificantes que de aquella manera tomaban un carácter de intimidad. Duroy se complacía interiormente en interesar á aquella señora que se ocupaba de él y hubiera querido en aquel momento sacrificarse por ella, defenderla, mostrar lo que él valía; y la falta de puntualidad con que algunas veces respondía á observaciones de ella, indicaban las preocupaciones que embargaban su pensamiento.

Peró de pronto y sin razón aparente, M^{me} de Marelle llamó : « Laurina » y la niña se acercó.

— Siéntate, hija mía, que tendrás frío cerca de la ventana.

Duroy sintió un deseo loco de besar á la niña como si algo de aquel beso hubiera de volver á la madre, y de un tono paternal y galante la preguntó :

— ¿Me permite usted que la bese, señorita?

La niña levantó los ojos sobre él con aire de sorpresa, y la señora de Marelle dijo entonces riendo : « Contesta ».

— Consiento por hoy, caballero; pero sin que por esto haya de ser siempre así.

Duroy se sentó inmediatamente y colocó á Laurina sobre su rodilla; y después rozó con los labios la fina y ondulada cabellera de la niña.

La madre se extrañó :
— ¡Qué cosa más rara que no se haya escapado; es asombroso. De ordinario no se deja besar nada más que de las mujeres. Es usted irresistible, señor Duroy.

Él se puso encarnado, sin responder, en tanto que con un ligero movimiento balanceaba á la niña sobre la pierna.

La señora de Forestier se acercó y no pudo contener una exclamación de sorpresa:

— ¡Calla! Aquí tienen ustedes á Laurina amansada, ¡qué milagro!

Jacobo Rival se acercaba también con un cigarro en la boca, y Duroy se levantó para retirarse, ya por miedo de perder con alguna frase torpe lo ganado, esto es, su obra de conquista comenzada.

Saludó, tomó y estrechó suavemente la manecita que las mujeres le tendían y sacudió con fuerza la mano de los hombres, y notó que mientras la de Jacobo Rival estaba seca y cálida y respondía á la presión de la suya,



la de Norberto de Varenne, húmeda y fría, se escapaba deslizándose entre los dedos. La del viejo Walter fría y blanda, sin expresión ni energía; la de Forestier grasa y tibia. Su amigo le dijo en voz baja:

— Mañana á las tres, no lo olvides.

— ¡Oh no! descuida.

Al encontrarse en la escalera tuvo deseo de bajarla corriendo, tan vehemente era su alegría, y se lanzó á bajarla de dos en dos escalones, pero de pronto advirtió en el gran espejo del segundo piso que un señor muy apresurado le salía al encuentro dando brinco, y entonces se detuvo repentinamente avergonzado como si acabase de ser sorprendido en una falta.

Después se miró atentamente maravillado de resultar verdaderamente un buen mozo, sonrió complaciente y, por último, despidiéndose de su imagen se saludó muy bajito, con ceremonia, tal como se saluda á los grandes personajes.



III



Cuando Jorge Duroy se encontró en la calle no sabía qué dirección tomar.

Sentía la necesidad de correr, de soñar, de caminar delante de sí

mismo pensando en el porvenir, respirando el suave ambiente de la noche; pero la serie de artículos que el Sr. Walter le había encomendado le preocupaba y esto le decidió á entrar en su casa lo antes posible

para ponerse manos á la obra.

Á grandes pasos se encaminó, pues, á su casa y ganando el bulevar exterior, le siguió hasta la calle de Boursault en donde habitaba. Su casa, que constaba de